

Mons. Óscar Arnulfo Romero, mártir de la esperanza

Ricardo Ezzati Andreello, SDB*

1. Nacimiento de un pastor santo

En la Solemnidad de la Asunción de la Virgen Santísima a los cielos, del año 1917, poco antes de clarear el alba, abrió sus ojos a este mundo Óscar Arnulfo Romero Galdámez, segundo hijo varón de don Santos Romero y de doña Guadalupe de Jesús Galdámez. Nace en Ciudad Barrios, en una familia modesta. Su padre trabaja como telegrafista en la oficina de correos; su madre quiso ser maestra de escuela, pero se dedicó a su familia de ocho hijos. El niño Óscar aprendió la "doctrina", como se le llamaba al catecismo, de los labios de su padre y de su madre, y se fue formando un corazón creyente, con una profunda devoción mariana. Juntos rezaban el ángelus con las campanas que anunciaban el término del trabajo y recitaban el santo rosario.

Llama la atención la relación que existe entre el misterio de María, la Virgen Madre, que hoy celebramos, con Mons. Romero. Él nace el día en que la Iglesia celebra el triunfo de María sobre todo mal, asunta en cuerpo y alma a los cielos y muere cuando empieza a celebrarse la gran fiesta de la Encarnación del Hijo de Dios en las purísimas entrañas de la Virgen, día en que pasa desde los misterios dolorosos a los misterios gloriosos de ese rosario que nunca dejó de rezar.

El papa Francisco, al nombrarme su enviado, escribe:

Ya se cumplen cien años del nacimiento del beato Óscar Arnulfo Romero, obispo y mártir, ilustre pastor y testigo del Evangelio, decidido defensor de la Iglesia y de la dignidad del hombre. Hijo de la amada tierra de El Salvador, habló a la gente de nuestro tiempo de la obra salvífica de nuestro Señor Jesucristo y de su amor hacia todos, especialmente hacia los pobres y descartados. Tanto en su vida sacerdotal como en el comienzo de su ministerio episcopal, experimentó un singular camino espiritual que lo llevó a propagar la justicia, la reconciliación y la paz.

Es impresionante y emociona leer y releer algunas de sus homilías, así como su *Diario de vida*. ¡Cuánto bien al alma me han hecho!

El papa ha tenido la bondad de enviarme como su legado personal, para representarlo en este acontecimiento eclesial que los convoca en este día de júbilo. Ustedes saben, tanto como yo, que él tiene un afecto muy grande por

* Cardenal arzobispo de Santiago de Chile. Enviado extraordinario de S. S. el papa Francisco a la celebración del centenario del nacimiento de Mons. Óscar Arnulfo Romero, beato y mártir.

esta tierra “que lleva el nombre del Divino Salvador”¹, y saben también, de su reiterado deseo de que el martirio de Mons. Romero no deje de dar frutos abundantes de comunión eclesial, de reconciliación y solidaridad entre los salvadoreños, a fin de edificar una sociedad justa y noble. Mucho es lo que Uds. han sufrido; difíciles las circunstancias que tienen que seguir enfrentando. Es demasiado valiosa la vida de cada salvadoreño como para no superar la violencia homicida con “la violencia del amor”². En esta esperanzada lucha por la vida, el papa está con ustedes, los exhorta a humanizar y a compartir con equidad el desarrollo de su país y les envía su bendición apostólica.

2. Algo de su historia

Queridos hermanos y amigos, no es el momento para volver a contar la historia de quien celebramos en esta mañana. Sé que, a lo largo de todo este año jubilar, se han enriquecido espiritualmente con ella; sin embargo; permítanme destacar solo algunos de sus rasgos, para procurar adentrarnos en su corazón y en su mensaje.

Algo tímido e introvertido, a los 13 años ingresó al Seminario Menor dirigido por los padres claretianos; a los veinte, al Seminario de San José de la Montaña; de allí, enviado a Roma, fue ordenado sacerdote el 4 de abril de 1942. Poco tiempo después, a causa la Segunda Guerra Mundial, tuvo que adelantar su regreso a la patria, donde ejerció el ministerio presbiteral en varias comunidades, entre ellas, párroco en la catedral de San Miguel. Más tarde es nombrado obispo auxiliar de San Salvador (1970), obispo de Santiago de María (1974), hasta que el papa Pablo VI lo nombra arzobispo de San Salvador, un 23 de febrero de 1977: tiempos complejos y desafiantes para la patria y para la Iglesia.

Así se fue desarrollando la vida apostólica de este joven sacerdote de corte más bien tradicional. Hombre virtuoso, muy activo en su parroquia, cercano a la gente, caritativo con los pobres, algo distante de las opciones pastorales renovadas impulsadas por el postconcilio.

Sin embargo, algo empezó a cambiar en él, especialmente en Santiago de María, al conocer más de cerca la pobreza extrema de los campesinos. El varón justo se empieza a inquietar por la injusticia y el pastor bueno, que quiere hacerse todo con todos y para todos, tiene la experiencia de que no basta con acompañar a los más pobres y dar consejos a los más ricos. Evangelizar, sobre todo después de la exhortación apostólica del papa.

Pablo VI afirmó: “*Evangelii nuntiandi* significa llevar la buena nueva a todos los ambientes, transformar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad, que están en contraste con la palabra de Dios y con el designio de salvación” (Ib. 18-19). Y no hay equidistancia entre lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto, los pobres

1. Carta a Mons. Escobar Alas, arzobispo de San Salvador, con ocasión de la beatificación de Mons. Romero.
2. Óscar A. Romero, 27 de noviembre de 1977: “Jamás hemos predicado violencia. Solamente la violencia del amor, la que dejó a Cristo clavado en una cruz”.

y los ricos. Así se comprende la opción preferencial por los pobres y excluidos, como opción del mismo Dios en la historia de su pueblo.

Su ministerio pastoral continúa y llegan acontecimientos trágicos que remecan sus entrañas. Uno de ellos fue la matanza de un grupo de peregrinos que regresaban a su pueblo después de visitar un santuario. Poco tiempo después, fue el asesinato el P. Rutilio Grande, acribillado por “desconocidos”, junto a dos parroquianos en un camino rural de su parroquia³, empeñado en la formación de comunidades eclesiales de base y apoyando la organización campesina. Esto fue demasiado. El fuego de Dios incendió el corazón del arzobispo. Exigió al presidente de la República una investigación inmediata y, al domingo siguiente, celebró una sola misa en San Salvador con más de 100 000 participantes. Venciendo su timidez, pasó a ser “voz de los sin voz”, para clamar “la violencia del amor” que destierra la violencia del odio. No a la violencia del régimen. No a la violencia guerrillera. Sí a una paz basada en la justicia y en la verdad, respetuosa de los derechos de los pobres.

Y pasando de la palabra a los hechos, crea la oficina del Socorro Jurídico⁴, para ir en ayuda de los derechos humanos de los campesinos más pobres, iniciativa que tuvo una relación muy cercana con la Vicaría de la Solidaridad, creada por la Iglesia en Chile, para acoger a las víctimas de la dictadura.

Por otra parte, esta “voz de los sin voz” se escucha por radio en todo el país, cada domingo, haciendo una lectura evangélica y cristiana de los acontecimientos; una palabra que forma e informa, un mensaje de esperanza y respeto a la vida, en un lenguaje que entienden los más pobres. La voz del pastor traspasa las fronteras de San Salvador, remece el corazón de la Iglesia en América y de otros continentes. Como es propio de una figura controvertida, su palabra es rechazada por algunos y aplaudida por otros. Quienes se detienen en el pórtico occidental de la abadía de Westminster, importante templo anglicano, en un lugar destacado de la galería de los diez mártires, podrán contemplar una estatua de Mons. Óscar Romero, flanqueado por el pastor Martin Luther King⁵ y el teólogo luterano Dietrich Bonhoeffer⁶.

3. Una conversión pastoral

¿Qué pasó en el corazón de Mons. Romero para dejarse transformar de esa manera por el Espíritu de Dios? Humanamente hablando, no cabe duda de que su cercanía con los pobres, en la medida en que fue asumiendo responsabilidades pastorales mayores, lo llevó a ver con sus ojos la injusticia que sufrían los campesinos y a constatar con Jesús cuán difícil es que un rico ciego entre en el Reino de los Cielos.

La Iglesia tiene una buena noticia que anunciar a los pobres —decía—. Aquellos que, desde hace siglos, han escuchado malas noticias y han vivido la peor realidad están escuchando ahora, a través de la Iglesia, la palabra de Jesús: “el Reino de

3. Asesinato acontecido el 12 de marzo de 1977.

4. Homilía sobre la Paz, 3 de julio del 1977, y primera página de su *Diario de vida*.

5. Pastor bautista asesinado a los 41 años de edad, luchando por el fin de la discriminación racial en EE. UU.

6. Pastor luterano, declarado “Justo entre las naciones”, ahorcado a los 39 años de edad, el 9 de abril de 1945, en el campo de concentración de Flossenbug, Alemania.

Dios está cerca", y de ahí también hay una buena noticia que anunciar a los ricos: que se vuelvan pobres para compartir con Él los bienes del Reino.⁷

Hoy, basados en la Conferencia de Aparecida, podemos decir que nuestro mártir experimentó una profunda "conversión pastoral"⁸. Se trata de una conversión decididamente misionera que toca directamente la vida pastoral y sus opciones. Según Aparecida, "la Iglesia no puede prescindir del contexto histórico en que viven sus miembros". Por eso debe estar "disponible a abandonar las estructuras caducas que ya no favorezcan la transmisión de la fe", pasando "de una pastoral de mera conservación a una pastoral decididamente misionera"⁹. ¿No fue eso lo que vivió Mons. Romero años antes de Aparecida?

Haciendo real esta conversión dio un paso que a todos nos concierne y nos cuestiona. No será posible escuchar con nitidez la voz de Dios en la historia si no estamos insertos en el acontecer vital de nuestro pueblo. Así lo expresó nuestro beato:

Cómo quisiera yo grabar en el corazón de cada uno esta gran idea: el cristianismo no es un conjunto de verdades que hay que creer, de leyes que hay que cumplir, de prohibiciones. Así resulta muy repugnante. ¡El cristianismo es una persona que me amó tanto y que me reclama mi amor! ¡El cristianismo es Cristo!¹⁰

La conversión pastoral lleva a desear vivir como Jesús con los más débiles, los más pobres, los que no cuentan. Y, desde esa experiencia purificadora, anunciar la buena nueva con la vida, el testimonio y la palabra, asumiendo la defensa integral de la vida que incluye la justicia social. Recuerdo, a propósito, el llamado urgente que hizo san Juan Pablo II hace treinta años en su visita a Chile, en la sede de la CEPAL, para todo el continente americano: "¡Los pobres no pueden esperar!", dijo¹¹. En un mundo de tanta riqueza, de tantas posibilidades, de tantos adelantos tecnológicos, es incomprensible que los pobres deban seguir esperando. Y más incomprensible aún que esto siga sucediendo en un continente cristiano.

Quienes como Mons. Romero entran decididamente por el camino de Jesús, quienes dicen y obran a la manera de Jesús, saben que están expuestos a pasar —a hacer pascua— de manera semejante al maestro. Así le sucedió. Terminada su breve homilía, en el rito del ofrecimiento de los dones, antes de entrar en el corazón de la eucaristía, la bala asesina apuntó a su corazón... El francotirador recibió como Judas unas cuantas monedas. Pocos días antes, el mismo u otro sicario había perdido la ocasión de dar muerte a Mons. Romero junto a otro altar de la arquidiócesis¹². Esa demora hizo posible escuchar el testamento espiritual del este gran arzobispo mártir, en su breve homilía antes de morir: "Si el grano de trigo no cae en tierra y muere..."¹³. Y dicho esto, entregó su espíritu.

7. Óscar Arnulfo Romero, al recibir el doctorado *honoris causa*, en la Universidad de Lovaina, Bélgica, 2 de febrero de 1980.

8. DA (Documento de Aparecida), 365 y ss.

9. DA 365, 367 y 370.

10. Homilía, 6 de febrero de 1977.

11. CEPAL (Comisión Económica para América Latina), abril de 1987.

12. El día 9 de marzo de 1980.

13. Jn 12, 24.

4. Mártir de la esperanza

Sin embargo, no es solo la bala, la daga o la espada la que produce el martirio. De hecho, al decir del papa Francisco, el martirio de Mons. Romero continuó después de su muerte en la incompreensión, la maledicencia, la calumnia.

El martirio es un don de Dios. Es Dios quien regala el martirio como don supremo del amor hasta el extremo. Es Dios quien por su Espíritu sostiene al mártir, como lo hizo con su Hijo Jesús, clavado en una cruz.

La figura de Mons. Romero no se explica sin esta "virtud", es decir, sin la fortaleza divina que acompaña el martirio. Hay mártires que lo son por causa de la fe, "en odio a la fe"; otros lo son por causa de la caridad; otros, y especialmente en nuestro continente americano, lo son por causa de la justicia. Es legítimo preguntarse: ¿habrá mártires que lo sean por causa de la esperanza?

La esperanza es la más humilde de las virtudes teologales. Pero no puede haber fe teologal si no se tiene ante los ojos el punto de llegada de la vida humana y de la creación, es decir: la tierra nueva y los cielos nuevos. Por su parte, el martirio por causa del amor no existe sin la virtud de la esperanza, ya que lo propio del amor hasta el extremo es adelantar los tiempos definitivos, es vivir un instante de cielo en medio de las calamidades más grandes de esta vida terrena. También tener hambre y sed de justicia es causa de martirio, sobre todo cuando se vive con la certeza moral de que luchar por ella es motivo de rechazo y hasta de muerte por quienes producen la injusticia. Todos los mártires viven por causa de la esperanza, pensando, porfiadamente, que otro mundo es posible.

Coherente con estas reflexiones, me atrevo a decir que el beato Mons. Romero es un mártir de la esperanza. Lo es para los más pobres del continente, lo es para nuestra querida Iglesia, lo es para los que luchan por la justicia, la reconciliación y la paz que, con cariño renovado, ya lo llaman "san Romero de América".

Termino con las palabras que el papa Francisco dirigiera al querido arzobispo de San Salvador con ocasión de la beatificación de nuestro mártir:

Quienes tengan a monseñor Romero como amigo en la fe, quienes lo invoquen como protector e intercesor, quienes admiren su figura, encuentren en él fuerza y ánimo para construir el Reino de Dios, para comprometerse por un orden social más equitativo y digno. Es momento favorable para una verdadera y propia reconciliación nacional ante los desafíos que hoy se afrontan. El papa participa de sus esperanzas, se une a sus oraciones para que florezca la semilla del martirio y se afiancen por los verdaderos senderos a los hijos e hijas de esa nación, que se precia de llevar el nombre del Divino Salvador del Mundo.¹⁴

Hermanos y hermanas, en esta celebración eucarística cobran todo su significado las palabras proféticas de Mons. Romero: "El martirio es una gracia de Dios que no creo merecer. Pero si Dios acepta el sacrificio de mi vida, que mi sangre sea semilla de libertad y señal de que la esperanza será pronto una realidad... Si llegaran a matarme, perdono y bendigo a quienes lo hagan".

14. Papa Francisco, carta a Mons. Luis Escobar Alas, arzobispo de San Salvador, con ocasión de la beatificación de Mons. Romero.

Junto al beato Óscar Romero, al arzobispo de esta ciudad, a todos los pastores de la Iglesia en El Salvador, junto a cada uno de ustedes, poniendo el corazón y la mirada en esta tierra, los invito a invocar a la querida madre y patrona de este pueblo: Nuestra Señora de la Paz, ruega por nosotros. Amén.

San Salvador, 15 de agosto de 2017.

